

HIMALAYA

LAS MONTAÑAS DE LOS DIOS

Víctor Luengo

Prólogo de
Pedro Nicolás

editorial
MILENIO

© del texto: Víctor Luengo Fernández, 2015
© de las fotografías: Víctor Luengo y Pedro Nicolás (las del prólogo), 2015
© del prólogo: Pedro Nicolás, 2015
© de esta edición: Milenio Publicaciones, S.L, 2015
Sant Salvador, 8 – 25005 Lleida
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com

Fotografía de la cubierta: El Everest, el Nupte y el glaciar de Khumbu

Primera edición: junio de 2015
ISBN: 978-84-9743-661-8
DL L 281-2015
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L
www.bobala.cat

Printed in Spain

◀ imprès a **lleida** ▶

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Índice

Prólogo	9
Introducción	29
INDIA	31
Zanskar y Ladakh, el pequeño Tíbet	33
Delhi y la gran mezquita	34
Ladakh y los monasterios del valle del Indo	36
Lamayuru y el Fatu La	41
El Kun y el Nun	42
El valle de Zanskar	45
Phugtal, un monasterio mágico	48
Camino al Shingo La	51
Garhwal, las fuentes del Ganges	55
Haridwar y Gangotri	56
Gaumukh y el Shivling	58
Las aldeas de las montañas	66
La aventura del Nanda Devi y el Trisul	70
El santuario de Kedarnath	72

TÍBET	77
Lhasa y los monasterios del Tíbet central	79
Drepung y Sera	80
El Potala y el Jokhang	81
Kumbum y el Tashilunpo	85
Rongbuk y Kharta, la cara oculta del Everest	89
El Valle de Kharta	90
Makalu y Chomo Lonzo	92
Kangshung, la cara este del Everest	94
La odisea del Everest	95
El monasterio de Rongbuk	99
El reino de Guge y el Kailash, el centro del Universo	103
El valle del Karnali	104
El lago Manasarovar y el Gurla Mandhata	109
Alrededor del Kailash	117
Drolma La, una puerta a otra vida	122
Tirthapuri y el reino de Guge	126
Por las estepas del Tíbet	134

NEPAL	137		
El Valle de Katmandú	139		
Swayambhunath y la Plaza Durbar	140		
Patan y Bhaktapur, un cuento medieval	144		
Pashupatinath y Bodhnath	147		
Everest, la Diosa Madre de la Tierra	151		
En el país <i>sherpa</i>	152		
Ama Dablam, el Collar de la Madre	155		
Las paredes del Lhotse y el Nuptse	157		
La conquista del Everest	163		
El valle de Gokyo y el Cho Oyu	164		
El mercado de Namche Bazar	170		
Annapurna, la Diosa de la Abundancia	173		
Por el valle del Marsyangdi	174		
Las aristas del Annapurna II	176		
El Thorong La	181		
Annapurna, primer ocho mil	185		
Los glaciares del Dhaulagiri	189		
El reino prohibido de Mustang	195		
El gran cañón	196		
Fortalezas entre nubes	202		
		Tsarang, un cuento de hadas	204
		Lo Mantang, una ciudad de leyenda	207
		Por el Kali Gandaki	212
		Dolpo, la tierra escondida	217
		Vuelo a Juphal	218
		Tarakot y el cañón del Tarap	219
		Dho Tarap, un valle de leyenda	222
		Numa La y Baga La	224
		El lago Phoksundo y el Suli Gad	229
		SIKKIM	235
		Kanchenjunga, los Cinco Tesoros de las Nieves	237
		Darjeeling, la puerta de Sikkim	238
		Los Kabru y el Ratong	241
		Kanchenjunga, el pico no hollado	245
		Una selva en la montaña	248
		El monasterio de Rumtek	249
		Símbolos de los mapas	251
		Bibliografía	253

PRÓLOGO



Vertiente Diamir del Nanga Parbat.

Me pide Víctor Luengo, montañero y escritor amigo, que incorpore a su libro sobre el Himalaya mis recuerdos de sus altas cimas a modo de lo que podríamos considerar como prólogo.

9

Al margen del inmerecido honor del encargo, antes de afrontarlo, he de decir que este libro de Víctor ofrece al lector una experiencia tan bella como aparentemente sencilla, de rigurosa comprensión, apoyada en magníficas imágenes, sobre esta tierra maravillosa que son los Himalayas.

Me gusta, permítaseme, este nombre, Himalayas, en plural, si se quiere un punto arcaico, pero cuajado de resonancias exploratorias y, en mi opinión, de rigor, pues es difícil abarcar en singular las amplísimas riquezas y contrastes de los paisajes de esta cordillera, en la que el único denominador común es la grandiosa belleza de sus montañas. Por ello tengo la certeza de que, tras pasar un tiempo con esta obra en las manos, los Himalayas serán para el afortunado lector aún más fascinantes como promesa de vivencias futuras, evocación de las pasadas, o simple recreación imaginativa de uno de esos lugares mágicos que nos hacen amar y valorar nuestro planeta.

Víctor me insistió que evitara las alusiones laudatorias a su libro, inevitables si no se quiere ser injusto, por lo que a pesar de no cumplirlo en puridad, pues afirmo sin ambages que el libro es simplemente magnífico, evito recrearme en tales alusiones y paso a cumplir lo más fielmente posible el encargo consistente en rememorar cómo fue, mejor, cómo guardo en mi recuerdo, lo vivido en las alturas de los picos de los Himalayas.

Pongamos en antecedentes al quizás sorprendido lector ante un prólogo tan poco al uso. Desde mi primera visita a estas cordilleras en el año 1979, volví a ellas en una docena de ocasiones. En la mayoría me encaminé a sus cimas; en algunas otras fueron *trekkings* que me encargué de guiar. Estos viajes me permitieron coronar en no muchos años dos ochomiles, el Nanga Parbat (8.125 m) y el Gasherbrum II (8.035 m), y tres sietemiles, el Diran Peak (7.266 m), el Muztagh Ata (7.546 m) y el Gurja Himal (7.193 m), todos ellos entre aquella fecha y 1996.

Los presentes recuerdos nos trasladarán, por las fechas apuntadas, a un momento del himalayismo bastante distinto del actual, pues los cambios experimentados en todo lo relativo al alpinismo, y más en concreto al himalayismo, han sido vertiginosos. Desde finales de los 90 hasta la actualidad, el número de montañeros de diferente tipo y nivel, y el de turistas de naturaleza, se ha incrementado exponencialmente..., pero no solo es eso: los helicópteros y las comunicaciones vía satélite han irrumpido imparable haciéndose presentes en los lugares más remotos, sitios hasta hace muy poco completamente aislados. He vuelto más tarde, en 2003 y 2004, a los Himalayas, pero para ese momento ya ni mis anhelos eran los mismos, ni las condiciones que había tenido anteriormente eran fáciles de revivir. Por ello, aunque quizás más por las propias encrucijadas personales, llevo años sin volver a los Himalayas y sin sentir su especial embrujo...; sin embargo, a pesar de esta distancia en tiempo y espacio, lo experimentado allí, en lo más alto del planeta, es una parte tan sustancial de mi existencia que aún creo poder recordar con cierta fidelidad lo

que se siente y vive en las mayores cimas terrestres, y, quizás, al menos así lo considera Víctor Luengo, pueda resultar de interés para quien desee conocer las experiencias que ofrece la Gran Cordillera.

Mis expediciones y cimas en los Himalayas son variadas en altitudes, ubicaciones y condiciones. Ha habido, sin embargo, algunas características comunes a todas ellas y a casi todas las que he intentado sin éxito. Hemos buscado en



Rakaposhi desde Diran Peak.

nuestras expediciones, y lo digo en plural pues casi cualquier proyecto himaláyico es un proyecto de grupo, la vivencia del Himalaya en buena lid, sin trampas y sin atajos. En general, sobre todo en las organizadas con los amigos más cercanos, nuestros proyectos han sido emprendidos por grupos poco numerosos; no hemos contado, salvo en una ocasión, con la ayuda de *sherpas* de altura, y siempre han estado motivadas por una irrefrenable ilusión por experimentar ese momento, alimentado en la juventud por los relatos de los pioneros, de contemplar el mundo desde lo más alto que le es posible a un ser humano sin el apoyo de artificios.

Mi relación con los Himalayas empezó con un viaje, que solo por iniciático sería irreplicable, aunque en realidad no solo por ello, pues el complejo y tenso mundo geopolítico del Medio Oriente lo ha hecho en el tiempo reciente poco menos que imposible. Llegué al Karakorum, la gran cordillera del norte de Pakistán, desde mi domicilio de Madrid, con una humilde furgoneta más apropiada para el reparto urbano que para viajar al corazón de Asia. Fuimos tres amigos: Ramón, Arturo y yo mismo, atravesando Europa, Turquía, Irán, Afganistán y finalizamos en Islamabad. Allí se unió el resto del equipo. En total, ocho españoles de la Transición, corría el año 1979, explorando en sentido literal la recién abierta Karakoram Highway, carretera, por llamarla algo, que surcaba de modo inverosímil y precario las gargantas del río Indo. Con el apoyo de otro vehículo local acabamos nuestro periplo, aparcando bajo un nogal del poblado de Minapin, en el remoto y legendario valle de Hunza, desde donde iniciamos la marcha hacia las alturas.

Nuestro objetivo era el Diran Peak, un sietemil no muy elevado, 7.266 m, con una aproximación corta y sólo ascendido una vez por austriacos. Queríamos subir, algo propio del empuje juvenil, por una preciosa arista norte, aún virgen, que nos pareció en las fotos un itinerario de ensueño. Sin embargo, muy pronto aprendimos que allí todo era más caro. La lejanía, la altitud, el aislamiento, las inmensas proporciones..., pero en nuestro caso fue sobre todo una nieve inconsistente debido al inesperado calor de los mediodías, en la que era imposible fijar las cuerdas, la que nos hizo desistir de esa magnífica escalada. Pero solo nos retiramos de la arista, no de la montaña.

Con una actitud de confianza y empuje, que vista con el tiempo habría de tildar de entusiasta y audaz, nos fuimos para arriba por una ruta cercana a la de los primeros y únicos ascensionistas, llevando sólo lo justo. Con un único porteo hasta los 5.400 m de casi todos los miembros de la expedición, quedamos en condiciones de iniciar un intento a esa cumbre, que cada día nos parecía más bella, en especial durante los atardeceres, cuando las inmensas laderas glaciares orientadas al oeste, por donde ascendíamos, parecían pintarse en dorado iluminadas por el sol poniente.

Ya solos los cuatro elegidos para la cima, nos metimos en un ascenso lleno de fe en nosotros mismos, confiados quizás en los merecimientos de una aventura tan auténtica y exaltante. Cargados con grandes mochilas y abriendo ruta por un terreno glacial gigantesco y desconocido, ascendíamos sorteando seracs, cruzando grietas y escalando empinadas rampas de hielo o nieve, sintiendo cómo nos alejábamos del mundo, mientras

Hacia el campo III del Diran Peak.



el fulgor de las alturas nos engullía y los horizontes se ampliaban hasta casi el infinito, pues eso parecía el inmenso arco de montañas que se disponía a nuestra vista, entre las colosales prominencias del K2 al este, y el Nanga Parbat al sur.

Al cabo de dos jornadas de máximo esfuerzo y gran concentración fuimos llegando uno a uno a la cima del Diran Peak. El rato compartido con mis tres compañeros en la amplia meseta de la cumbre sobre los 7.266 m, con el grandioso Rakaposhi de 7.788 m como testigo cercano, fue de los que guardaré toda mi vida como un tesoro, con la amistad, el éxito, la audacia y la exultante alegría de la plenitud en el interior del cofre.

Recuerdo de aquellos momentos mucha luz, un espacio inabarcable, la sensación de planear desde muy arriba sobre la corteza de la Tierra y la belleza, sobre todo la brutal belleza de lo que nos rodeaba. Parece recurrente el tópico de lo bello, pero aun en ese estado de ánimo en el que porfiaban el cansancio, la excitación, la inmensa y casi envalentonada satisfacción... todo, todo, se supeditaba y postergaba ante la belleza de las cientos de montañas circundantes, que ya por entonces se había instalado en nuestras vidas como un anhelo insobornable.

El canon de la belleza en la montaña es difuso, pero viene a definirse como una compleja mezcla en la que frecuentemente intervienen la grandiosidad, los paisajes del hielo de los glaciares, el azul cobalto de los cielos de altitud, las amplias perspectivas, los grandes desniveles... Este paradigma se alimenta desde los inicios de nuestras vidas montaÑeras



Campamento II del Diran Peak.

con la contemplación de relatos con imágenes sobrecogedoras de lugares inalcanzables dotados de esas o de parecidas características... Y un día lo ves por ti mismo, no en la calma sosegada y meditativa del sillón de casa, sino con el corazón batiendo desbocado por el esfuerzo, con todas las alertas encendidas, con una entrega física y psíquica completa, y comprobas que sí, que ese telón que te rodea está formado por paisajes tan sublimes y fascinantes como los más sugerentes de tus lecturas juveniles, aquellas sobre las que forjaste la pasión montaÑera.

Era tal la satisfacción de poder contemplar el Rakaposhi, montaña impresionante donde las haya, de igual a igual que solo ese escenario compensaba con mucho las agonías y penalidades arrostradas, pero no solo era eso. Descubres que ese escenario es aún más mágico por la unión que supone con tus compañeros de vivencia, con los que se crea una complicidad insospechada pese a ser los habituales de tus aventuras montañosas cotidianas. Es como si hubieses descubierto el tesoro de la isla con tu compañero de pupitre. Se crea un pacto, un vínculo de sangre y de por vida...

Del Diran bajamos con inmensa felicidad... que por desgracia duró solo día y medio.

De la cima bajamos al campamento III a 6.400 m. Al día siguiente llegamos a mediodía al campamento II. Allí, cansados y tranquilos pues el tiempo era magnífico, decidimos pernoctar. En el campamento I estaban nuestros compañeros José Luis y Andrés, que habían subido para ayudarnos en el transporte y desmontaje de tiendas y equipo.

A media tarde, en un plan improvisado a través de los radiotelefonos, decidimos que me bajara con ropa de abrigo para mis amigos del campamento inferior y también para evitar montar otra tienda. Recuerdo mi alegría al abrazar a Andrés, jefe de expedición, con quien había trabajado codo con codo para sacarla adelante. Yo lo veía desde muy alto como un pequeño punto, esperándome al otro lado de la última grieta; la felicidad de aquel apretado abrazo en aquella ladera glaciar cerca del campamento I, con el sol ya ocultándose, fue de una in-

tensidad singular. Luego, en la tienda, llegó el gozoso relato de lo vivido en la cima antes de que el sueño nos rindiese.

El despertar fue muy distinto... El Himalaya es un territorio en continuo movimiento; quizás porque ya lo habíamos constatado varias veces durante la expedición, nos incorporamos con diligencia pero sin pánico cuando nos despertó el zumbido de los bloques de hielo pasando como obuses al lado de la tienda. Estábamos ya los tres en el ábside de salida cuando un impacto seco y brutal nos mostró el peligro de la situación. José había recibido un gran golpe y estaba magullado y dolorido; la tienda estaba rota y los palos partidos. Tan rápido como llegaron, desaparecieron... Todo aquí es súbito. La noche seguía clara, tranquila, indiferente, siempre gélida. Nos volvimos a meter en la tienda, que reparamos como pudimos. Desde ese momento sólo deseábamos que llegase el cercano amanecer, y ver a nuestros tres compañeros del campo superior aproximándose para unirnos todos en una veloz bajada hacia la seguridad del valle glaciar y del campamento base donde disfrutar de nuestro éxito.

Sin embargo, con las primeras luces y el pertinaz zumbido de un radioteléfono que debía estar ya conectado, unido a las premonitorias huellas de impactos en la nieve justo en la vertical de la repisa del campamento superior, se fue instalando un dramático sentimiento en el que se mezclaban incredulidad, congoja e incluso temor a que se repitiera. La conclusión era cada vez más clara y terrible: una avalancha había alcanzado el campamento superior y algunos bloques habían llegado al nuestro...

El ascenso angustioso de dos de nosotros por una pendiente que parecía haber sido bombardeada hasta lo que ayer era la soleada y acogedora plataforma del campamento II, y la constatación de que cientos de toneladas de hielo se habían precipitado sobre nuestros tres amigos, fue quizás el momento más terrible de nuestras vidas. Aceptar que había que dar la espalda a aquellos ingentes amontonamientos de bloques redondeados de hielo y nieve tan solo tras gritar desesperados sus nombres, pues ninguna otra cosa podíamos hacer, fue de una dureza indescriptible.

Pero esto es también, disculpar que no continúe con los detalles por lo demás mucho menos trascendentes..., el alto Himalaya. Un lugar simplemente despiadado; no interpretéis este adjetivo, a pesar del dolor relatado, como un desdén o un sentimiento de rechazo hacia estas montañas, pues creo que entendí y acepté desde el principio que los ciclos y pautas de estas cimas trasciende lo humano y es ahí donde radica precisamente la fascinación que nos suscitan. En ningún otro lugar que haya visitado se percibe de modo tan claro el poder y la energía primigenia, pero letal, de un planeta en perpetua transformación, cuyas fuerzas desatadas exceden lo imaginable en la cotidianidad de lo civilizado.

De aquellos días vividos en el Diran Peak me queda por encima de todo una inmensa melancolía por los tres compañeros que no tuvieron la suerte de descender, sentimiento que se une al de la injusticia del hecho del propio accidente, pues el alud que segó sus vidas, y del que milagrosamente me salvé, ha sido el de trazado más arbitrario y azaroso que jamás he



Descanso en el Diran Peak antes de hacer cumbre.

contemplado en toda una vida por las montañas. Pero ese fue también el otro gran aprendizaje de aquellas altitudes. Son tan mecánicas como desalmadas, tan ajenas a sentimientos y justicias como el propio proceso que dio origen al universo y la vida. Si se quiere sentir cómo debe ser el crujiir de los astros, el frío anterior y posterior a lo vivo, las escalas inimaginables a los humanos, la potencia de lo telúrico, adéntrate en lo alto de

los glaciares cimeros del Himalaya y deja en ellos a tres almas hermanas.

Así es el Himalaya: lo excesivo en belleza y peligros; es lo grandioso e inaccesible; es un sistema que actúa en tiempos y escalas diferentes a la vida y todo ello configura un espacio que abrumba y al tiempo fascina; un espacio que una vez conocido concluyes que la conciencia de la Tierra que habitamos no está completa sin entrever, al menos desde su umbral, este mundo sublime, poderoso y peligroso de las cimas himaláyicas.

Vamos ahora a otras altas y lejanas montañas del Himalaya.

Primero el Everest. El Everest es solitario, soy consciente que ya sólo en mi memoria, e inmensamente grande; es otro orden de magnitud, pues cuando recorres sus laderas, no hace falta que sean las más altas, ves los sietemiles cercanos como modestos cerros satélites flanqueando al gigante. Y es, al menos en mi recuerdo, muy frío y terriblemente ventoso.

No llegué a su cima y lo más seguro es que ya jamás me sitúe sobre ella y sin embargo, disculpar esta pequeña arrogancia, creo que he vivido el Everest, entendiendo con esa expresión el cúmulo de esencias encarnadas en esa gran montaña, más y mejor que algunos de los que han estado en su punto culminante. El Everest significa para muchos, yo entre ellos, la máxima expresión de esos caracteres que identifican al Gran Himalaya: soledad, compromiso, aislamiento, y eso, sin ningún género de dudas, es lo que vivimos en 1986, en aquella

audaz y pionera expedición de Madrid que acometió su ascenso por la vía del collado norte de la vertiente tibetana.

De esa montaña me traje, aún lo conservo, el recuerdo de un largo de escalada vertical con un piolet en cada mano, que me permitió asomar boquiabierto, por encima de un fino borde de nieve iluminada por el contraluz, a la inmensidad salvaje de su cara norte, oculta hasta ese instante. Era nuestra primera meta cumplida: llegar al collado norte, lo que no fue fácil, pues a las dificultades técnicas de grandes grietas con bordes desplomados se unieron, implacables, el continuo viento y un frío lacerante... Por ello, cuando clavaba una estaca metálica en la nieve y fijaba la cuerda, por la que



Abriendo ruta en el camino al collado norte Everest.



Arista NO del Everest a 7.250 m.